

Arte e identidad

En el proceso de educación artística es necesaria una profunda reflexión acerca del acto educativo mismo y del significado de arte o de la concepción que de él tenemos a partir de nuestro entorno cultural. En este orden de ideas es preciso tener en cuenta la enorme influencia del pensamiento occidental en nuestra cultura y cómo en la actualidad ésta es afectada por el fenómeno de la globalización.

En general es poco lo que hasta el momento se ha escrito acerca de la educación artística en Colombia, lo cual deja en evidencia la limitada atención que se le ha prestado al tema y que nos sorprende, además, por cuanto es precisamente el dote artístico una de las características más sobresalientes del hombre colombiano. En efecto, en el contexto latinoamericano y mundial a Colombia se le ha reconocido su enorme potencial creativo en las diferentes expresiones del arte, como la música, la literatura, el cine, la poesía, la televisión, la pintura, etc., y su producción artística ha trascendido los más exigentes mercados internacionales. Sin embargo, es incalculable el potencial que a diario se desperdicia en el país por falta de una adecuada orientación y potenciación de esa creatividad.

En primera instancia, es preciso un profundo análisis de los sistemas pedagógicos empleados en el proceso de formación de nuestros artistas, si queremos responderle al país y particularmente a nuestra juventud, explorando y explotando ese potencial creativo que a diario nos sorprende en el momento menos pensado y en las más diversas circunstancias. En la escuela la formación artística adquiere su sentido en la formación de los sujetos en el arte como patrimonio cultural y en el desarrollo de las habilidades y destrezas artísticas de estos para expresar desde su propia subjetividad su momento vital, en su transcurrir humanizante a través de formas creativas estéticas que le permitan asumirse como ser capaz de apropiarse de lo real mediante el disfrute



de lo bello, a la vez que proyecta su conciencia de su experiencia de la belleza, en cuanto armonizadora del ser y del conocer a través del saber y sus posibles manifestaciones.¹

Es claro que la expresión artística del individuo está ligada de una manera directa a su contexto cultural, a su inserción social, a todo aquello que de una u otra manera nutre su conocimiento y su visión y que le ayuda a formarse como persona, como artista y como parte de una colectividad. En este orden de ideas la *identidad cultural* surge como un condicionante en el resultado cualitativo de una determinada expresión. Esto significa que en la enseñanza de la expresión artística se debe ventilar, como aspecto fundamental en el proceso de formación, el estado real de nuestra cultura. Si nos cuestionamos acerca de si en Colombia existe una identidad cultural definida, tendríamos que dar la razón a nuestros antropólogos e investigadores quienes aseguran que los colombianos no tenemos todavía una identidad decantada, clara, resuelta y



cultivada. En efecto, de la cultura amerindia, muy bien definida por cierto, existente en nuestro continente en la era precolombina, sólo quedan vestigios. Nuestro carácter poliétnico y policultural (generado desde la misma conquista, y reforzado por la influencia de inmigraciones subsiguientes y el sometimiento del continente latinoamericano al neocolonialismo y, en general, por la imposición de políticas foráneas adoptadas por nuestros gobernantes, e incluso por la misma situación de violencia que nos ha caracterizado) no ha permitido la consolidación de dicha identidad.

Ahora bien, pretender que en el país debe imperar la cultura amerindia, sería ignorar el proceso histórico a que nos hemos referido y negar precisamente nuestro mestizaje, nuestras raíces indígenas, africanas y españolas. Es entonces desde esta perspectiva que debemos construir nuestra identidad cultural. Otra cosa diferente es aceptar la distorsión de nuestra cultura por la continua influencia de Occidente y de los medios de comunicación, interesados exclusivamente en su propio lucro, auspiciado todo esto por la falta de políticas culturales idóneas y por la misma permisividad del Estado.

Hoy en día es común ver a nuestros jóvenes artistas interesados en hacer “arte de corte internacional”. ¿Acaso no demuestra esto la crisis de identidad por la que atravesamos? Pretender hacer un arte de corte internacional, ¿no es despersonalizar una obra? ¿Es ese tipo de pseudo arte el que se espera ver de una obra colombiana, peruana, mexicana o de cualquier otro país? Pensamos más bien que es todo lo contrario. Son preguntas que merecerían una reflexión antes de enrumbarnos por el camino equivocado.

Así como no podemos ignorar algunos movimientos culturales, intelectuales y artísticos que en un esfuerzo quijotesco han venido trabajando en la recuperación de nuestra cultura, tampoco podemos pasar por alto que al respecto es mucho lo que hay por hacer. Recuperar nuestra cultura y consolidar una identidad propia es una empresa de proporciones incalculables que demanda un proceso de educación, de mentalización y de convencimiento, generado

desde el hogar, aunque la principal responsabilidad recae sobre el Estado, quien debe crear e impulsar políticas de fomento a todos los niveles, si quiere ver un día a su pueblo aceptado y respetado en el contexto internacional.

Un país sin identidad cultural es un país sin referentes y, por lo tanto, sin orgullo patrio. No se debe olvidar que los pueblos más fuertes han sido aquellos con una cultura muy definida: en el pasado los egipcios, los persas, los romanos, los griegos, etc.; en la era moderna hablamos de la cultura francesa, alemana, norteamericana, inglesa, etc. En América Latina la cosa es diferente por lo anotado anteriormente. En Colombia, por fortuna las nuevas generaciones comienzan a tener conciencia de su significado como ciudadanos, como colombianos y como latinoamericanos. Sin embargo, la modernidad trae consigo una nueva amenaza: la globalización. Esta apertura de mercados puede, si no se toman las medidas necesarias, debilitar aún más nuestro precario acervo cultural.

En las manos de los negociadores nacionales en el Tratado de Libre Comercio (TLC) reposa la enorme responsabilidad de la defensa de nuestros intereses, no sólo de tipo económico sino ante todo cultural. Queremos que nuestras artes apunten al desarrollo de una cultura colombiana y latinoamericana y no a una cultura acomodada a intereses foráneos.

Es preciso, entonces, que en la educación artística el estudiante no sólo encuentre espacios de creatividad, sino que además tenga la posibilidad de reflexionar sobre el significado que tenemos como pueblo soberano, heredero de una rica historia con fuertes raíces culturales y merecedor de tener su propia identidad.

Notas

¹ Ministerio de Educación Nacional. *Lineamientos curriculares, educación artística, áreas obligatorias y fundamentales*. Bogotá: Magisterio, 2000, p. 60.

Referencias

Ministerio de Educación Nacional. *Lineamientos curriculares, educación artística, áreas obligatorias y fundamentales*. Bogotá: Magisterio, 2000.

